Diagonal 74 y otros cuentos

Leo Timossi

Image not found.

Capítulo 1

Prólogo del autor.

El mundo miserable es un estrado

donde todo es estólido y fingido,

donde cada anfitrión guarda escondido

su verdadero ser, tras el tocado:

No digas tu verdad ni al más amado,

no demuestres temor ni al más temido,

no creas que jamás te hayan querido

por más besos de amor que te hayan dado.

Mira como la nieve se deslíe

sin que apostrofe al sol su labio yerto,

cómo ansia las nubes el desierto

sin que a ninguno su ansiedad confíe...

¡Trema como el infierno, pero ríe!

¡Vive la vida plena, pero muerto!

Pedro Bonifacio Palacios.

Nunca pensé en escribir esta historia. No creí que hiciera falta, para ser sincero. Como muchos otros humanos, cobardes, mezquinos, me dejé seducir por la idea de que el destino se iba a encargar de poner cada cosa en el lugar indicado. Cada cuento adentro de su libro; cada libro en su estante; cada estante en su biblioteca. Con el tiempo entendí que, si los corazones escapan a los cuerpos aún a conciencia de ser indispensables, difícilmente uno pueda eternizar las emociones en un solo recipiente. Por eso me decidí a hablar. Por eso estoy escribiendo. Le tengo pánico al

olvido que bien sabrá cobijar este frasco pobre que algunos llaman cerebro.

Capítulo 2

Sebastián.

Lógicamente, y como haría cualquier ser humano más o menos pensante, cuando Sebastián se acercó a pedirme que contase su historia lo ignoré completamente. Lo confundí con un drogado o un pelotudo; también con una combinación de los dos prejuicios. Yo no lo conocía directamente: había llegado hasta mi por un amigo de la hermana de la novia de un conocido que leía mi blog de vez en cuando. Las referencias sobre él eran difusas y estaban teñidas por cierto despecho digámosle, literario, si se quiere.

Sabía que Sebastián, un chico bastante retraído que llevaba una vida siendo menos de lo que podía ser, tenía unos 27 años y acababa de separarse después de una relación profunda, intensa y extensa. Se había recibido de Diseñador Gráfico, pero no le gustaba, así que sistemáticamente se anotaba en nuevas carreras mientras fingía ante los demás que mandaba CV a todas partes.

Stalkeandolo, descubrí que con frecuencia Sebastián le ponía *me gusta* a ciertas entradas de un blog anónimo al que no tardé en asociar como su alter ego. Escribía una suerte de poesía sin métrica, algo enrevesada y plagada de referencias que debían ser muy personales, por lo que difícilmente significarían algo para los demás. Ese descubrimiento me envalentonó a hablar con él: parecía, en cierta forma, un personaje inofensivo y comencé a sentir curiosidad por su interés en convertirme en su biógrafo.

En nuestro primer encuentro, todavía en verano, Sebastián estaba tan nervioso y tímido que en ningún momento se animó a mirarme a la cara. Insistió en cruzarme lejos del centro, así que la entrevista se dio en la intimidad del café de una estación de servicio. En lo que duró la escueta charla, Sebastián nunca dejó de mirar por la ventana y de hablar en susurros.

Me contó que se había separado, información que fingí cortésmente desconocer y que tenía pánico de olvidar cada detalle del amor que estaba a punto de dejar atrás. Básicamente, quería que yo transcribiera su historia de la forma más profesional que me sea posible. Omití el detalle de su alter ego y le pregunté por qué no lo hacía él mismo y su respuesta me descolocó: me dijo que necesitaba sacarse de adentro el cuento que se contaba todos los desayunos.

Fue en ese momento, incómodo y fugaz, en el que me miró a los ojos y vi a través del verde, y el insomnio, que ese hombre contenía una gran pena. Había decidido aceptar su ofrecimiento bastante antes que me

contara que pensaba pagarme. Previo a desaparecer, pidió que nuestras conversaciones se limitaran al mínimo posible y dejó sobre la mesa un sobre papel madera.

Dentro del sobre había una suerte de lista en varias hojas, una enumeración con viñetas cargada de fechas y anotaciones muy puntuales.

Eran cuatro páginas, con elementos de los más variados. Había detalles íntimos, otros graciosos como la anotación del 20 de octubre del 2012, que decía *Nos caíamos en el centro. Se rieron los trapitos acomodacoches. Ella también*, pero desde el 2014 para acá, la prosa estaba cargada de cosas tristes. La última anotación era desde ese mismo día y lo que leí me hizo replantearme si había hecho bien en aceptar el trabajo:

Capítulo 3

Adiós

La Plata, 10 de noviembre de 2015.

Cuando Vika escupió la frase, que salió de su boca casi inaudible tras haber atravesado un largo trayecto con paradas en su estómago y su corazón, se sintió increíblemente aliviada. Llevaba un tiempo considerable meditándolo, evaluando las consecuencias de una decisión semejante, pero, sobre todo, llevaba un tiempo considerable ignorando a su corazón, que ya no latía con la fuerza de los primeros besos.

Para Sebastián, en cambio, fue como si todo ese peso que Vika había soltado cayera de repente sobre sus hombros, una sensación que sentiría repetirse toda vez que refrescara el final de un cuento que tuvo princesas y dragones, pero pocas veces un héroe.

Lo primero que hizo, casi instintivamente, es molestarse con su flamante ex pareja. Con el tiempo se arrepentiría muchas veces: si Sebastián hubiese sabido que esa noche era la última en la que tenía vía libre para abrazarla y sentirla suya, para cambiar la trayectoria, seguramente este texto no existiría. Pero no lo sabía. No quería creerlo. Y, sin embargo, se lo decía el universo.

Se lo decía algo en su interior que le aseguraba que esta vez todo era diferente. Se lo decían los ojos de Vika, que, superada ya de la bronca y del alivio, ahora lloraba de pena por la inminente soledad de Sebastián, a quien quería pero ya no amaría nunca más.

Permaneció un rato sentado, mascullando el nuevo rumbo que parecía tomar su vida y fingió convencerse de que todo era para mejor. Había una gran verdad en el desahogo de Vika: la paz entre los dos era un bien cotizado que últimamente no podían pagar ni juntando chirolas. Le dolió asumir que ya habían superado cualquier instancia de mediación. La decisión de Vika era una de esas personales que no necesitan de un mutuo acuerdo y que no admiten negociación.

En la noche, la ciudad se volvió cómplice del nuevo escenario de nuestro protagonista. El trayecto hasta la casa de Vika fue innecesariamente rápido, absurdamente sencillo. Sebastián todavía no sabía que a ese camino, que tantas veces había tomado a pie y también en auto en los últimos cinco años, ya no lo volvería a recorrer.

En la casa de Vika no esperaban las luces prendidas. Cuando el auto detuvo su marcha, Vika lloró como muy pocas veces. Sebastián la abrazó y fingió una superación momentánea, en un último arrebato del amor

imperfecto que nunca dejó de sentir. Le secó las lágrimas, la besó -*sin saberlo*- por última vez y le prometió que, de ahora en más, él iba a estar muy bien.

Cuando lo hizo, se sintió mejor y Vika se bajó del auto con una media sonrisa. Con el tiempo entendería que ese sacrificio, esa última ofrenda, el último gesto que tuvo para su novia, era también una mentira. Sebastián entonces, además de solo, se sintió muy miserable.

Capítulo 4

Edificios

2 de octubre de 2012

Lo que empezó siendo algo espontáneo se convirtió en una rutina. Había pasado más de un año desde aquella vez en la que Sebastián y Vika eligieron un banco de madera al azar para vomitar esa charla intima que ya no podía postergarse, en el lugar menos íntimo de la tierra. De aquel incómodo y necesario momento nació la costumbre de sentarse ahí, en el medio de la vorágine, para sentir al mundo correr y arder mientras ellos se perdían en miradas cannabicas.

La escena se repitió tantas veces como tuvo sentido. En ocasiones tenían temas realmente importantes que tratar; en otras, Vika se recostaba sobre Sebastián y dejaban pasar las horas mientras él le acariciaba el pelo y ella se liberaba como en un diván. Esa tarde, especialmente agradable, mientras el sol se colaba al caer por entre las hojas de los árboles, hablaron por primera vez, con seriedad y en forma solemne, sobre la posibilidad de ser padres.

Los distrajo un vendedor de flores, de esos insistentes. A Sebastián la interrupción le pareció una afrenta pasible de ser denunciada. Ese vestigio de enojo, esa sombra oscura que se dibujó en su cara y que Vika desactivó inocentemente, más tarde les traería pesadillas.

Ojalá nuestros hijos abracen como abrazas vos, le dijo ella. Si son lindos, se van a parecer a la mamá, devolvió gentilezas. Obvio, le contestó Vika, y la respuesta le pareció tan ingeniosa que Sebas sintió que no tenía otra alternativa que hacerle cosquillas.

Fue un instante mágico, un extracto glorioso de una historia que parecía destinada a no terminarse. Sebastián fijó la vista en los edificios que tenía en el horizonte, lejos de la cabeza recostada de Vika e hizo fuerza, mucha fuerza con los músculos del rostro, buscando sellar el filtro de emociones. Cuando su novia se percató de que había algo inusual en el cuadro, intentó torcer su cabeza y mirarlo a los ojos, pero otra inyección de cosquillas la atacó por sorpresa.

Esa tarde, la del 2 de octubre, Sebastián la anotó como la *primera vez que Vika me ve llorar.*

Capítulo 5

Mudanza

1º de abril de 2014

Sebastián le pagó al último de los pibes del flete y cerró la puerta por primera vez desde que el departamento se transformó oficialmente en su nueva casa. Siempre había idealizado ese momento trascendental, en el que imaginaba sonrisas y besos, pero tanto él como Vika se sentían tan cansados por el trajín de la mudanza que se desplomaron en la solitaria cama que iluminaba el ambiente.

Literariamente, en ese instante el narrador detalla que los protagonistas se quedaron profundamente dormidos, pero no fue el caso. Sebastián, de sueño corto y más liviano, se despertó toda la noche, alerta por un nuevo abanico de ruidos y sombras que inundaban el semivacío hogar.

Tampoco hubo sexo en la mañana, ni desayuno compartido. El desvelo le había jugado una mala pasada y Vika, en una decisión que no la caracterizaba, lo dejó dormir un rato más. Cuando se despertó, Sebastián estaba solo. Se lavó los dientes y al intentar vestirse, notó que había olvidado en la casa de sus padres el bolso con su ropa. Gruñó y una ira asesina lo invitó a romper a trompadas el placard sin estrenar, pero se contuvo.

Repitió la indumentaria del día anterior y enfiló para la puerta, aunque al salir inmediatamente se le paralizó el corazón: el auto no estaba. Entró en pánico y lo buscó por toda la cuadra, bañado en irracionalidad. Llamó a la policía. Gritó tanto que los vecinos comenzaron a asomarse (algo que Vika hubiese desaprobado), pero Sebastián no podía calmarse.

De nuevo dentro de la casa, esta vez se desquitó contra el placard, la mesa y las paredes. Estaba ciego, preso de la impotencia, la ira, la bronca, el dolor de padecer un primer día que debía ser un sueño y no lo era. Su nueva vida había comenzado como la mierda. Lamentó no tener más muebles para seguir rompiendo: nada le iba a salir más caro que ese auto, ese reflejo vistoso de todo el esfuerzo que había hecho los últimos años.

En ese momento, Sebastián percibió que alguien estacionó en su puerta. Vika llegó sonriendo, con las llaves del auto en la mano y una docena de facturas para el desayuno. Cuando cruzó la puerta, se agarró la cabeza.

Capítulo 6

Novios

15 de junio de 2011

Sebastián llevaba un tiempo queriendo preguntarle, aunque francamente desconocía si era algo que todavía se preguntaba o más bien, se daba por sobreentendido después de cierto tiempo. Él era demasiado ansioso como para esperar el momento; siempre fue un pésimo estratega. Además, quería hacerlo. Quería irse a dormir con la certeza de que todo eso que sentía tenía asidero en una relación oficial y genuina.

Cuando se ponía nervioso, Sebastián entraba en crisis con la indumentaria: no sabía vestirse. Tenía un sentido nefasto de la moda (todavía lo tiene, lo he visto) y muy poca variedad de ropa elegante. Lo único que lamentaría de tener novia los siguientes cinco años sería la limitación de disfrazarse como un linyera. Eligió una camisa, simple, llana, fea y aburrida, que no le quedaba bien pero le parecía más adecuada. Sentía que debía demostrar que se tomaba la noche en serio, porque honestamente, así lo hacía.

Se encontraron en el centro. El había pensando en cenar en un lugar bastante fino, no porque le gustara, sino por la misma razón que llevaba puesta una camisa. Ella le agarró la mano y caminaron juntos hasta un puesto de choripanes en Plaza San Martín. Vika estaba hermosa y eso lo llenaba de miedos.

Intentó sacar el tema muchas veces y en cada una de ellas se sintió ridículo, antiguo, frustrado. Atropellaba sus palabras y cada frase, cada gesto que procuraba soltar como un elogio, una suerte de piropo no forzado, le salía apenas audible, con un hilo de voz. Se rindió; no supo encontrar las oraciones, así que se dedicó a hacer con confianza lo único en lo que se sentía capaz: hacerla reír

Aunque era tarde, volvieron caminando hasta la casa de Vika, contándose historias de asaltos para doblegar los temores y ahuyentar fantasmas. Se besaron. Una, dos y tres veces. Tardaron media hora en recorrer las últimas dos cuadras: ninguno de los dos quería separarse, ni que la noche llegue a su fin. Antes de que Vika entre finalmente a su casa, se fundieron en el primero de sus mil abrazos.

Cuando llegó y prendió la computadora para anotar el día en su calendario, mientras pensaba un nombre idóneo para esa noche casi

perfecta, Sebastián no pudo resistir la tentación de abrir el facebook. Entre las notificaciones, tenía una solicitud de relación.

Capítulo 7

Aviones

3 de julio de 2015

Para ellos, era un mundo nuevo. La etapa que para todos los viajantes asiduos es un suplicio, a ellos les generaba una ansiedad absoluta. Era su primer viaje en avión, después de todo. El *check-in*, el *free-shop*, todo les parecía una maravilla.

Al menos, así era en la previa, porque cuando llegaron al aeropuerto de Ezeiza, Sebastián ya estaba de mal humor. Últimamente siempre estaba de mal humor. En la ida Vika le sonreía, le daba besos, hasta que finalmente se rindió y dedicó el resto del viaje a mirar por la ventana del remisse. Sebas no habló ni se detuvo a mirarla.

Habían discutido por una pavada, una pelotudez de proporciones bíblicas. Ella quería bajar del avión y salir a dar vueltas, a conocer, a mantenerse en movimiento. Sebastián, que había trabajado hasta la noche anterior, solo quería bajar del avión y dormir. *¿Tenemos cinco días solos después de no sé cuanto tiempo y vos querés perder uno durmiendo?* Le espetó Vika, molesta. *No me rompas las pelotas*, le contestó Sebastián, en un exceso de practicidad.

Un puñado de meses más tarde, él vería en esa contestación, que se había vuelto frecuente, su muletilla favorita, como el gen inicial de la muerte de su relación, aunque a lo mejor solo era la frutilla del postre. Vika reconocería, ese mismo tres de julio, que había dejado mucho más que una valija cuando se bajó del avión.

Capítulo 8

Despedida

Marzo de 2016

La última vez que me encontré con Sebastián, le entregué un libro completo, con casi doscientos relatos sobre su historia. Le había enviado, en forma individual, cada nuevo texto y a su vez imprimía una copia. Cuando junté todo el material, le pedí que diseñe su propia tapa y lo llevé a encuadernar. Estaba bastante satisfecho con los resultados y asumí, por sus devoluciones, que él también se sentía conforme.

Nos reunimos en el centro, algo que Sebastián aceptó a regañadientes, porque realmente trasladarme hasta el otro rincón de la ciudad me complicaba la vida. Procuré invitarlo a algún bar nuevo, lejos de los que recordaba de sus anotaciones, mas cuando lo vi entrar descubrí por su expresión que no era un lugar desconocido para él y entendí, entonces, que Sebastián me guardaba secretos aun cuando me había expuesto su alma.

Cuando se sentó, una moza se acercó flotando hasta nosotros, como si hubiese estado esperando la oportunidad. Fue agradablemente servicial y se me ocurrió que a lo mejor era su primer día de trabajo, algo que en los tiempos que corren, siempre es una buena noticia.

Yo estaba extremadamente ansioso por entregarle el cuaderno a Sebastián, tanto que elegí un café negro sin siquiera mirar la carta. Él, en cambio, se tomó su tiempo y sentí que no tenía ninguna prisa en tratar el asunto que nos convocaba. Terminó optando por un cappucino y acto seguido, levantó la mirada.

Entonces me dijo *gracias*. Fue tan sincero y escueto que lo recibí como un golpe, y me emocionó, al punto que tuve que desviar la vista hasta un edificio que se veía por la ventana. *Gracias por tomarlo en serio, por darle la profundidad que merecía*, siguió. *En tus textos*, cerró, *los recuerdos casi se parecen a lo que pasó de verdad*.

No tenés nada que agradecer, le contesté, e inmediatamente rechacé lo que estaba a punto de sacar de su billetera. Lo único que quiero es que me dejes compartir algunos de estos relatos. *Esto ya no es más mío*, me dijo, señalando el cuaderno. *Hace lo que tengas ganas*. En este instante, la moza trajo la cuenta. Pagué y le dejé la propina, pero ella seguía ahí, parada entre nosotros.

- ¿Puede ser que te haya visto en *Tinder*? –le preguntó a Sebastián con una sonrisa que fingía falta de vergüenza. Atrás de la barra, sus

compañeras miraban expectantes.
- ¿Qué es eso?- contestó Seba, sorprendido.
- Es una aplicación para conocer gente – respondió ella, matizando la verdad – está buena, fijate. Yo estoy.

Atrás del mostrador, se reconocían risas adolescentes de excitación. Sebas me miró con los ojos abiertos. Nos reímos hasta quedar en silencio. Esa tarde, la última, fue la primera vez que lo vi sonreír.

Nos pusimos de pie al mismo tiempo y eso fue lo último que hicimos juntos. Sebastián me dio la mano, agradeció de nuevo y se fue, dejando el cuaderno con su historia arriba de la mesa. La moza lo siguió con la mirada.

Capítulo 9

Celeste.

Siempre odié ir al *Ministerio de Obras Públicas*. No es que mi trabajo de cadete o las recorridas por los demás ministerios me gusten especialmente, pero definitivamente el de Obras es con certeza, el peor de todos los destinos.

No hay puntualmente una razón, sino una suma de varias: siempre que tengo que ir llueve, por ejemplo. Siempre que voy y llego mojado porque afuera llueve, me atienden mal, además. Todas las veces que tengo que ir, por si faltara poco, llego mojado, me voy mal atendido y sin poder entregar lo que sea que estoy llevando porque siempre encuentran una excusa para rechazarme. Que me rechacen las mujeres, a fin de cuentas, asoma lógico, pero que me rechace una voz ronca detrás de una puerta desvencijada en un edificio tan feo limita la autoestima bastante.

Además, en ese Ministerio de Obras Públicas se frustró para siempre mi abuelo, el que ya no está (ver ***Hacerse Hombre***). Y fue tan feliz cuando se jubiló y no volvió a ir que nunca pude dejar de sentir rencor por ese organismo de mierda.

Pero lo cierto es que voy, siempre me hago cargo. Pongo mi mejor cara, y digo buen día, y explico mi posición, defendiendo el destino del expediente que llevo con hidalga tenacidad.

Ese lunes fue diferente. Me levanté para ir a trabajar en forma automática, porque tenía una depresión tan profunda que me había quedado mirando el techo toda la noche, sin poder dormir. Esa mañana de lluvia, viento y frio, me importó muy poco tener que ir a Obras. Me importaba muy poco la vida, en realidad: había ido vestido con la misma ropa que había usado en el diario el día anterior y en ningún momento desde que salí de casa tomé el mínimo recaudo para no empaparme con la tormenta que solo a mi parecía sobrevolarme.

Sí me llamó la atención el destino final de la nota que tenía que entregar: el tercer subsuelo del armatote de 7 y 58. Un paisaje que bien podría ser utilizado de decorado en cualquier película de terror de muy bajo presupuesto.

Mientras bajaba por el antiquísimo ascensor de rejas de Obras los tres pisos que me separaban del punto de entrega, fantasee con ser parte de una novela negra: paredes con humedad, ratas, papeles, muebles derruidos y abandonados; cañerías oxidadas, la tenue luz amarilla que convierte en un imposible tratar de leer un papel. Si yo fuera el protagonista (o la víctima) del policial, esa nota era una trampa y al bajar,

me esperaban el secuestro o la muerte, una bolsa arpillera en la cabeza y el grito mudo que ninguno de los mil empleados podría escuchar.

La idea, aunque absurda, me generó cierta adrenalina y salí al corredor alerta, dispuesto a vender cara la derrota. El olor a humedad, agua sucia y encierro me invadió de lleno, bloqueándome los pensamientos, devolviéndome a la realidad, obligándome a taparme la nariz con la mano. Desde la visual cinematográfica, debe haber sido una imagen perfecta, porque cuando doblé la esquina esperando dar con la oficina de Archivo del *Tribunal de Cuentas*, me encontré con una chica vencida, tirada y rota contra la pared. De sus venas brotaba tanta sangre que fluía y se mezclaba en el pasillo con un charco de agua sucia, alimentado a gotas por el caño del algún aire acondicionado que no salía en escena.

Capítulo 10

Diagonal 74

Carraspeó. Se aclaró la garganta. Puta madre, ya estaba nervioso. En el ensayo previo le había salido bien. Bajó la radio y por la tensión, hizo lo que nunca: agarró el volante con las dos manos. En los meses que compartieron arriba del auto él había desarrollado una habilidad bastante elogiable para manejar y hacer los cambios, todo con una sola mano, mientras con la otra sostenía la suya. A ella solía incomodarla, pero el sentía (presentía) que tenía que aprovechar cada oportunidad porque podía ser la última.

Pero ahora miraba al frente y se agarraba firme, como si estuviera por chocar con un camión combustible cargado de arrayanes, pero la realidad es que estaba manejando mucho, muy lento, porque sabía que no podía demorar demasiado el momento, porque cada segundo contaba y cuanto más rápido llegara, menos tiempo le quedaba de vida.

"La verdad", dijo por fin, "no sé qué estamos haciendo. No entiendo, no te entiendo, porque ahora entiendo todo mucho más que antes. Y (hizo una pausa, carraspeo de nuevo) ahora sé que tenerte acá es un privilegio. No es que ahora lo sea, es que recién ahora me di cuenta. Llevo meses conversando con vos, hablándome solo, preguntándome por qué las cosas se dieron de tal forma, porque las cosas se dan así ahora, sí es que está todo demorado o es que estamos cocinando todo esto con el fuego de la parsimonia."

Un frío le recorrió todo el cuerpo y sintió que era su alma encerrada intentando escaparse. El miedo se dejó ver en unas gotas de transpiración que comenzaban a desparramarle el gel, volviendo la escena todavía más patética a los ojos de los terceros que no estaban. Interpretó el paquete como símbolos de una presión absoluta, lisa, llana y pura.

"Lo que te quiero decir es lo de siempre, pero como no te lo dije nunca. Durante mucho tiempo pensé que vos no eras de esas que querían escucharlo, y el tiempo restante me quise convencer de eso para no decírtelo, porque no sé, ya no se usa y a veces no está tan mal que las cosas estén implícitas. Hay cosas que se dicen una vez y bueno, después se diluyen, por eso capaz prefiero mantener la mística de la frase, del momento, quéséyo. Pero sí, como te imaginarás a esta altura, estamos acá arriba, con los vidrios empañados por mi pánico, yendo a veinte

kilómetros por hora, tardando dos días en un tramo de quince minutos a las cuatro y media de la mañana porque estoy tratando de decirte que me gustas, como siempre pero más que nunca, no, no me mirés así, porque sabés que es verdad y no estoy pretendiendo que hagas nada con eso, solo estoy tratando de decírtelo."

En ese momento, el guionista que había en su interior dudó mucho más allá de sus carraspeos: ¿Era este acaso el climax, el punto más alto de la noche? ¿Qué viene después? Solo tenía unos segundos para que el silencio le abriera un surco de profundidad a sus palabras. El horizonte de esas manos aferradas al volante dependía de la perfecta manipulación de ese instante.

"Así que nada, eso. Capaz te llama la atención porque tardé tantos meses en decirlo; a lo mejor pensaste que yo ya me había olvidado o peor (para mi), quizá esto no te interesa y te estoy haciendo perder minutos valiosos de sueño. Te pido disculpas por eso, por todo, es algo que aprendí a hacer en este tiempo, a decir 'tenías razón'. Y te agradezco, desde ya, que hayas dejado de lado el orgullo y que estés ahora acá conmigo, pero bueno, me gustás, así está la cosa, y no me podía perdonar un día más sintiendo que estoy dejando pasar la vida sin jugármela por vos."

Cuando entonó la última frase, ya con la firmeza y convicción de quien soltó todo y no le queda nada, se preocupó de girar la vista hacia el asiento del acompañante, para dedicar una mirada que expresara toda la sinceridad que había en su discurso, que era completa. Probablemente él, consignado por honesto en cualquier juicio por jurados, jamás en toda su historia se había desnudado con tanta verdad de un tirón.

En el mundo exterior, el inmediato semáforo de Diagonal 74 y 16 se puso en rojo, haciéndole el juego a una historia que podía nacer o morir en esa postal cinematográfica. Si ella hubiese estado arriba de auto, quizá se hubiesen besado y la escena romántica podría haberse considerado perfecta.